

JOSÉ LUIS GALBE LOSHUERTOS

LA JUSTICIA DE LA REPÚBLICA

**Memorias de un fiscal
del Tribunal Supremo en 1936**

Edición, estudio preliminar y notas de
Alberto Sabio Alcutén

Institución Fernando el Católico
Marcial Pons Historia
2011

Índice

	<u>Pág.</u>
Agradecimientos.....	9
ESTUDIO PRELIMINAR	
La República en guerra y el rescate de la justicia «republicana» frente a la justicia «popular»: la mirada de un fiscal	13
PRIMERA PARTE	
LA FORMACIÓN DE UN FISCAL REPUBLICANO	
1. ¿Sabéis cómo era la España más atrasada?.....	55
2. Un chico de buena familia y el asalto al Cuartel del Carmen	59
3. Juventud rebelde: los ahorcados de Primo de Rivera	71
4. Divagación sobre el estilo de los fiscales	85
5. Sevilla, pasando por la Dictablanda y el Empastre	89
6. Notario por un día: el día que trajo la República.....	103
7. Ley de fugas en el Parque María Luisa.....	111
8. La Sanjurjada.....	119
9. Una tragedia griega en un pueblo castellano.....	125
SEGUNDA PARTE	
JUSTICIA REPUBLICANA EN TIEMPOS DE GUERRA	
10. Tracas y entierros: 14 de abril de 1936	137
11. Julio de 1936 y el Cuartel de la Montaña	147
12. De cómo la República perdió Ávila y de cómo vinieron a por mí....	155
13. Proporción del <i>terror rojo</i>	173
14. Sinrazón y desproporción del <i>terror blanco</i>	183
15. La parsimonia y el incendio en la cárcel.....	193

	<u>Pág.</u>
16. Sesión de gala: juicio al exministro Salazar Alonso.....	201
17. Los primeros que «entraron» en Madrid	215
18. La gran victoria de Guadalajara y el juicio con más absoluciones ...	219
19. Un minisumario sobre la rebelión en Barcelona	227
20. El «Tinta», el «Mona», el «Gamba» y otros.....	245
21. Lucha en Valencia contra el terror	253
22. Nochebuenas sangrientas.....	273
23. El alzamiento en Sevilla y los héroes de la marisquería «Málaga» ...	287

TERCERA PARTE
DE EXILIOS Y LECCIONES

24. Decisión contra derrotismo	295
25. De La Pedrera a la frontera.....	305
26. Miseria, hurtos y valentías	321
27. Lecciones de dos guerras	325

1

¿Sabéis cómo era la España más atrasada?

¿Sabéis cómo era España cuando yo era joven? Había pueblos perdidos que no estaban en los mapas ni en las geografías. Era el caso de La Alberca, el último pueblo que se cruzaba antes de llegar a Las Hurdes. La fiesta mayor consistía en colgar de una cuerda tendida horizontalmente gallos vivos, y los mozos que se casaban en el año pasaban al galope de sus bestias y tenían que arrancar de un solo tirón la cabeza de los pollos, so pena de quedar disminuida su fama de machos enteros. En los puños crispados quedaban las aves despachurradas y los cuerpos aleteaban aún furiosamente en la cuerda muchos segundos después de haber sido decapitados. Era lo mismo que le ocurrió a un vecino de Madrid el 7 de noviembre de 1937 en la calle de Jardines. Un cañonazo nacional le arrancó la cabeza y el cuerpo siguió dando saltos hasta la acera de enfrente.

Por La Alberca, la localidad más civilizada de la comarca, se entraba en Las Hurdes, la tierra perdida junto a la Sierra de Gata, a unos pocos kilómetros de Béjar. Unas encima de otras, separadas por calles de un kilómetro de anchura, se apiñaban unas docenas de chozas de una sola pieza que era a la vez alcoba y cuadra, en las que no había chimenea y de las que salía el humo como buenamente podía por entre los rotos de las tejas planas. Los hurdanos que no estaban enfermos o que, aun estándolo, seguían en condiciones de caminar «salían a España». Se echaban al mundo, a ver si podían ganarse la vida.

¡Trágicos grupos de hombres descalzos y harapientos, cubiertos de telas heterogéneas, mil veces remendadas con restos sólo ya de la pana primitiva! Pero volvían pronto, derrotados y maltrechos, repelidos, sin pan ni esperanza, y entonces afrontaban su tragedia. Allí

no había tierra. Allí no había campos. El hurdano, heroicamente, los «construía». Construía sus campos. Desbrozaba y desmontaba una estrecha faja de quince o veinte metros a lo largo del riachuelo o torrentera. Quitaba los brezos, las jaras y las rocas. Todo con pico y pala. Porque no había arados, ni bestias, ni dinamita. Y cuando tenía ya unos metros de roca lisa, hacía un muro ciclópeo para proteger «su» campo del río y de los otros hurdanos, y traía la tierra en sacos desde una o dos leguas de distancia. A veces le costaba semanas y semanas echar una capa de tres palmos de tierra «laborable». Y a veces esta labor se la llevaba el río, con muro y todo, en unas horas.

De todos modos, aquellos campos no servían más que para un par de años. Al tercero la tierra esquilhada, sin descanso ni rotación posible, dejaba de producir. Había que abonarla enormemente y el abono lo conseguían por medios horribles. Como no había animales (sólo algún cerdo que mataban cada año y se comían en poco tiempo), el fertilizante tenía que ser vegetal: hojas podridas. Y para que se pudrieran, extendían en el suelo de las chozas una buena capa de ellas y dormían encima hasta que por fin era ya aquello un colchón de basura utilizable. Muchas veces, al coger las hojas, les picaba alguna víbora y, aunque la picadura en sí no era mortal, morían infectados al tratar de curarse con remedios absurdos.

Todos dormían en la única pieza: el abuelo, el hijo, el nieto, la nuera, la cuñada y la hermana. El incesto perdía su categoría trágica y se hacía cotidiano y normal. Había tipos espantosos, piltrafas humanas, enanos de treinta años con talla de niño de seis, cretinos con bocios horribles que enseñaban los dientes y rodaban pedruscos sobre los viajeros, huyendo luego a las lomas dando alaridos.

A veces niños inmóviles pasaban tres o cuatro días tendidos al sol y morían de difteria sin asistencia alguna. Esto sólo volvió a ocurrir en la culta Francia, en un refugio de Poitiers donde no hubo tampoco suero para noventa niños, hijos de *rojos* españoles a los que dejaron morir un médico filonazi y unas inocentes Hermanas de la Caridad.

A los de Las Hurdes se les enterraba en artesas viejas y sin tapa, conducidas leguas y leguas a hombros hasta llegar al primer cementerio del primer pueblo que lo tuviese. Había que vadear un río bastante ancho y la artesa lo cruzaba a flote, como una pequeña y alucinante barquilla de Caronte, cara al sol siempre el cuerpo, tanto que parecía aún vivo el niño muerto. Al fin llegaban a un cementerio y no se les enterraba en cualquier parte como pudiera suponerse. Los hurdanos tenían sobre las pompas fúnebres ideas muy estrictas

y, además, la muerte era allí el único acontecimiento. También había iglesias y en ellas un lujo relativo que, por contraste, parecía fausto asiático. Era impresionante el efecto de suntuosidad de un par de estatuas policromadas de malos santos modernos y un coro de doce «sillones» de marquetería después de haber visto los chozos en los que los cerdos dormían con sus amos.

Por la calle central bajaba un arroyuelo infecto de anofeles del paludismo. Cauce arriba, una mujer lavaba unos harapos. Más abajo aún, en el jugo aquél, otros niños mojaban un trocito de pan que les había dado el maestro. Un hombre daba tiritones de fiebre y una mujer, joven y relativamente bella, se echaban a morir entre las rocas. Los niños comían con deleite el pan mojado en agua palúdica. Aquel día —cosa rara— el señor maestro no les había obligado a comerlo en la escuela y en su presencia, como hacía casi siempre para evitar que algún grandullón se lo quitara en la calle. Y es que el pan era allí un lujo que no se lograba a diario. Lo llevaban de muy lejos, a veces desde quince leguas y a pie, quienes salían a buscar trabajo y los mendigos trashumantes que traían, con los mendrugos entregados por tierras de Salamanca, la noticia de que por allí cerca había civilización. El señor maestro —noble y heroico maestro— quería que ese poco pan lo disfrutasen sus discípulos. De todo esto hizo Luis Buñuel un documental al que se le dio muy poca importancia¹, aunque la tuvo enorme, y sacudió, para siempre, muchas conciencias.

¹ El documental *Las Hurdes, tierra sin pan* (1932) fue financiado por el escritor y escultor Ramón Acín, agraciado con un premio de lotería en ese mismo año 1932.